

Encaminador de almas

TEDIUM VITAE

E D I T O R I A L

Encaminador de almas
Antología poética

ERNESTO LUMBRERAS

Colección (Poesía): EVERNESS

Primera edición, 2023

Copyright © 2022 Ernesto Lumbreras

D.R. © 2022 Everness S.A. de C.V.
Av. Hidalgo 1769, Ladrón de Guevara, C.P. 44600
Guadalajara, Jalisco, México
www.tediumvitae.com

Diseño editorial: *Estudio Tangente, S.C.*
Corrección y cuidado de edición: *Amparo Ramírez Rivera e Isabel Orendáin*
Prólogo: *Nadia Escalante*
Selección: *Ernesto Lumbreras*
Fotografía de Ernesto Lumbreras en solapa: *Antonio Mestre*
Diseño de portada: *Maricris Herrera | Estudio Herrera*

ISBN: 978-607-95897-5-2

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio material o electrónico sea o no con fines de lucro, sin la autorización escrita del titular del *Copyright*.

Hecho en México / *Made in Mexico*

ÍNDICE

9 PRÓLOGO

La perpetua excitación mercurial

Nadia Escalante

17 Espuela para demorar el viaje (1993)

- 19 El guardador de rebaños
- 20 Un incesto en la familia Sánchez
- 21 Habla un muerto
- 22 Espuela para demorar el viaje
- 23 Huapango del payo
- 29 El corrido del garañón

31 El cielo (1998)

- 33 El cielo
- 35 Sauce desbordado
- 36 Reunión de violonchelos
- 37 ¿Hacia dónde?
- 39 Vino el relámpago y nos echó en cara...

41 Numerosas bandas (2010)

- 43 Un adolescente conversa con sus demonios tutelares
- 45 Glosa de una escena inexistente de *El Padrino*, de Francis Ford Coppola
- 46 El jefe de la estación de trenes, en su vejez, pasa revista a sus novias difuntas
- 47 Una mujer encinta sueña un pavo real en un jardín granizado
- 48 Conjeturas de un nonato en los días de la Semana Mayor
- 50 Suite para gorrión, espigas de trigo verde y agua serenada
- 52 El fugitivo
- 53 Del diario de un campanero
- 54 Fragmentos de una carta primaveral escrita a Rilke
- 56 Encaminador de almas (*fragmentos*)
- 60 Mañana de Jalisco
- 61 Nocturno para un recolector de luciérnagas

63 Lo que dijeron las estrellas en el ojo de un sapo (2012)

- 65 Pueblo de arriba (*fragmentos*)
- 80 Pueblo de abajo (*fragmentos*)

Índice

- 91 Tablas de restar**
(2017)
- 93 Deletrear Galta
96 Imágenes encontradas bajo la almohada de Ludwig Zeller
después de una tormenta eléctrica
98 Demencia incurable en *blue*
99 La mascota del artista cachorro
100 La novia del embalsamador
102 Anotado con gises de sal en una barra de hielo
109 Estación Selva Oscura
Work in progress
- 117 Continuidad de la yedra**
Cuatro poetas italianos
- Mario Luzi (1914-2005)**
119 *La Pasión. Vía Crucis en el Coliseo* (1999)
(fragmentos)
- Pier Paolo Pasolini (1922-1975)**
123 *De Poesía en Casarsa* (1942)
123 *De Donde está mi patria* (1946)
124 *De La mejor juventud* (1954)
- Vivian Lamarque (1946)**
126 *De Teresino* (1981)
127 *De Poesía hablándole de Usted* (1989)
129 *De La quietud del polvo* (1996)
- Davide Rondoni (1964)**
130 *De La frontera de las ventanas* (1988)
131 *De Corazón de la mañana* (2003)
132 *De: Habría querido a cualquiera. EL TERCER HIJO* (2003)
- 133 Notas de las traducciones
- 137 Polizones en el furgón de cola**
(*Dos apéndices*)
- 139 Sobre el porqué de mis restas
154 Cuestionario de Julio Ortega
- 169 Noticia bibliográfica

La perpetua excitación mercurial

Nadia Escalante

Reunir una obra poética y preparar una antología personal implica un ejercicio de desdoblamiento para el autor. Aunque la escritura contenga en sí misma la lectura y relectura como etapas integrales de su proceso, la distancia y la perspectiva que otorga el tiempo transcurrido, así como las exploraciones y los desarrollos literarios posteriores son las condiciones necesarias para que un autor pueda ser, a su vez, un lector privilegiado de su propia obra. La selección que resulte a partir de este corpus —aquello que el autor decida volver a publicar, reescrito o no— llevará el valor agregado de su aquiescencia, de las palabras e imágenes que, como lector, rescata del silencio y el olvido para ponerlas de nuevo, como escritor, sobre las páginas de un libro.

En la antología poética *Encaminador de almas* (2022), Ernesto Lumbreras (Ahualulco de Mercado, 1966) se da a la tarea de ejercer este desdoblamiento por cuarta ocasión. En 2006 se publicó en Costa Rica *Veintisiete árboles amarillos. Antología imprevista* y en 2008, *Caballos en praderas magentas. Poesía (1986-1998)*, en México. *Numerosas bandas/ De nombreuses bandes* —edición bilingüe publicada de manera conjunta por Mantis, Morbo Ediciones y Écrits

des Forges— apareció en 2010. *Encaminador de almas* reúne poemas incluidos en estas antologías, además de otros que pertenecen a libros posteriores: *Lo que dijeron las estrellas en el ojo de un sapo* (Bonobos-Fonca, 2012) y *Tablas de restar* (Universidad Autónoma de Querétaro, 2017). Suma, además, una breve muestra de la labor de Ernesto Lumbreras como traductor con versiones al español, inéditas hasta ahora, de poetas italianos como Pier Paolo Passolini, Mario Luzi, Davide Rondoni y Vivian Lamarque. Para continuar con los desdoblamientos, un par de apéndices cierran la presente edición: el ensayo “Sobre el porqué de mis restas”, muy pertinente para aproximarnos a la exploración poética del autor y acompañarlo en su reflexión sobre el oficio, así como las respuestas al cuestionario que Julio Ortega y María Ramírez Ribes hicieron a varios poetas en lengua española en el libro *El quehacer poético*, publicado en 2008 por la Universidad Veracruzana.

Tenemos en las manos, entonces, la antología más completa —a la fecha— de la obra de Ernesto Lumbreras como poeta, como lector de sí mismo, como traductor y como pensador de la poesía.

El texto y el tejido

Si, como aprendimos en las clases de lingüística básica, el lenguaje puede ser estudiado como una red arbitraria e imperfecta, preguntarnos por su tejido sería únicamente el primer paso. Podemos imaginar a cada poeta como un tejedor y apreciar su elección particular de hilos, combinaciones y técnicas. Sin embargo, seguir hasta las últimas consecuencias esta metáfora artesanal nos dejaría tan solo en la superficie del fenómeno poético. Como las telas de araña, el tejido (texto) de la poesía no es un fin en sí mismo, sino una casa y una trampa para quien escribe y para

los otros. Una casa flexible que resiste los vientos y una trampa que caza rayos de luz (imágenes) y seres que se aproximan demasiado al peligro.

La poesía de Ernesto Lumbreras es una trampa luminosa, tejida de música, sueño y vigilia. Esto podría parecer un exceso retórico de mi parte: no lo es. En primer lugar, las referencias a los instrumentos musicales son la clave más obvia: el flautín de un ciego que ordena los colores celestes, el flautín de carrizo para peregrinar en un país de desfiladeros, la reunión de violonchelos, “graves como una verdad”, que se revela en *El cielo*. En ellas, la música se presenta como un orden, una guía y una verdad, respectivamente: “La vida es miedo/ de hallar el alma sin música./ Yo lo sé. En el aire nuestro/ pasa la muerte cantando” escribe quien dice yo en el poema “Veintisiete árboles amarillos”. En segundo lugar, la eufonía y la eficacia en el manejo del poema en prosa y los metros tradicionales, como el octosílabo, endecasílabo y alejandrino, resultan en una propuesta poética que integra armónicamente las resonancias de la lírica culta y popular. Por otro lado, para profundizar en la polaridad sueño-vigilia, necesitamos ver de qué modo la lógica de los sueños y el sinsentido de la vigilia aparecen en la obra poética de Ernesto Lumbreras.

Otra realidad siempre prófuga

Cuestionado sobre la función del “yo” en su escritura poética, Ernesto Lumbreras niega creer en la sinceridad del hablante lírico y suscribe la atmósfera del romanticismo inglés y alemán para los que “la primera persona del singular es, como el sueño o la noche, una tierra incógnita”. No resulta sorprendente, pues, que “noche” sea el sustantivo más frecuente en los poemas que integran esta antología. Entonces, nos preguntamos si la rea-

lidad pródiga del sueño, la noche y las transiciones crepusculares, en la que transcurre gran parte de estos poemas, se trate de una conciencia que se escribe a sí misma a través del poeta, más que de una circunstancia retórica o una escenografía lírica.

Desde el primer libro incluido en esta antología: *Espuela para demorar el viaje*, que le valió al autor el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes 1992, nos encontramos con esta tierra incógnita, un espacio liminal que solo existe en el tránsito del sueño hacia la vigilia, cuando los primeros rayos de luz penetran los restos de la noche y el sueño y sus imágenes se revelan en toda su contundencia, reales y no quiméricas, soñadas pero verdaderas: “Dormido oye el ovejero el tibio silencio de su silbato”, “la mañana con su vaho de toro te abre los ojos”, “en las rutas momentáneas de una gota de aceite abro los ojos”, “despierta entre el presentimiento del patíbulo y los vapores de su concubina más joven”, son las frases iniciales de los poemas que integran este libro, todas imágenes del tránsito crepuscular de la noche hacia el día, del sueño a la conciencia. Los personajes, a su vez, también participan de este claroscuro: gente de campo que guarda secretos, pastores que conviven con el misterio, hombres proscritos que enfrentan la muerte con el escándalo de la vida, charros que hacen suertes entre la ternura y la desvergüenza.

El relámpago y el fuego

En *El cielo* (1998) hallamos una mirada clara, un horizonte más nítido frente a la niebla evocadora del libro anterior. Ya lo anuncia el epígrafe de María Zambrano: “El que se den unidamente el respiro y la visión, y no como simple posibilidad sino en el acto, es ya un alto, puro cielo”. La simultaneidad del respiro y la visión, el aliento y la imagen, encarnan el logro de la armonía. O su re-

velación. Acaso esta sea tan clara que anima al poeta a proponer una certeza que no deja de ser un deseo: “Me seduce esta definición de Poesía: lo armónico. Aclaro, no estoy hablando de orden”. Aquí encontramos de nuevo el primer hilo del tejido: la música. Los acordes de imágenes y sentido.

Toda epifanía corresponde a un relámpago. Luz disruptiva que no admite suspicacias. Tal vez por ello, la poesía —como el cielo de este libro— pueda ser considerada como un “relámpago en reposo”. Cópula del respiro y la visión que rasga cualquier escepticismo y propone verdades nuevas o restaura certezas: “Cómo no estar de acuerdo. En su césped *el horizonte arde*”, escribe el poeta. El relámpago, por otro lado, es ajeno a la moralidad: fulmina a una familia que había buscado refugio de la lluvia bajo un árbol, enciende la crueldad de un grupo de niños. Fuego concentrado, puede ser a la vez destrucción u hogar: “Cuando miramos el fuego sentimos una presencia tutelar. Si cantar su desventura renueva el limo de nuestros misterios, confundirnos en su follaje sosiega el alma de los perdidos”. En la tierra incógnita de la noche, el sueño o el yo, la única certeza es la que instaura el relámpago de la poesía.

Mercurial exaltación

“En su perpetua excitación mercurial [...]”, así inicia el apartado 71 de *Lo que dijeron las estrellas en el ojo de un sapo* (2012). En los poemas de este libro y del anterior, *De numerosas bandas* (2010), las certezas vislumbradas en *El cielo* se fragmentan pero no se pierden: como el mercurio, pueden juntarse de nuevo, culminar la unidad, solo para perderla otra vez hacia lo múltiple. En *De numerosas bandas*, por ejemplo, el yo poético habla a través de diversos personajes: un adolescente que conversa con sus demonios

tutelares, un mafioso italiano imaginario, un viejo jefe de estación ferroviaria, una mujer encinta, un nonato, un fugitivo, un campesino que lleva un diario. Personajes que sueñan, recuerdan, imaginan, tienden puentes hacia la otra “realidad siempre prófuga”, tal como el Encaminador de almas, personaje que amerita mención aparte al dar nombre a esta antología:

Lo que escribo se parece al hecho de romper una piedra de carbón. Claro, entre una multitud de variantes quiero lo legible del golpe de mazo sobre ese mineral. Duro como la cox de un caballo sobre un fantasma. Transparente como la mordedura de un perro de aguas en mis genitales. No sé si mi escritura está en el sentido de la noche sin márgenes. Tampoco puedo afirmar que esta lámpara de carburo (*camino dentro de un sueño de niebla*) me conduzca hacia la desembocadura de un río.

Tal como los dioses psicopompos por excelencia, Caronte y Mercurio —encaminadores de almas—, la escritura, también regida por Mercurio, tiene como objetivo conducir las almas hacia las otras realidades siempre prófugas: el sueño, la muerte, el misterio, y traerlas también de vuelta.

En *Lo que dijeron las estrellas en el ojo de un sapo* y *Tablas de restar* (2017), los poemas son amplias gotas mercuriales: predomina el largo aliento, los poemas en prosa y los versos de arte mayor tradicionales; sin embargo, al mismo tiempo, el impulso fragmentario, las digresiones y las estructuras que alteran nuestras expectativas lectoras nos previenen ante cualquier resquicio de certidumbre. Esta tensión entre la suma y la resta, la expansión y la contracción es la idea principal que Lumbreras desarrolla en el ensayo “Sobre el porqué de mis restas”, uno de los dos apéndices que cierran esta antología. El papel del impulso sus-

tractor en su poesía —para nada evidente, ya que las imágenes y las posibilidades de sentido en sus textos se caracterizan por su “perpetua excitación mercurial”— es precisamente el de no ceder a las verdades fijas ni a las certezas tramposas. Así lo confiesa el poeta cuando escribe “Mis afirmaciones más contundentes son, casi siempre, titubeos disfrazados de paradojas y absurdos” y “en buena medida, mis numerosas restas habían contribuido a un despojamiento paulatino, sobre todo de ideas fijas y de acciones encaminadas a enaltecer al yo y a la posteridad, esas veneradas majestades de cartón piedra de los carnavales y las ferias”. Por todo ello, *Encaminador de almas* —la presente antología que aparece treinta años después de *Espuela para demorar el viaje*— es el resultado más reciente, que no último, de las sumas y restas poéticas de Ernesto Lumbreras. Queda para nosotros, como lectores, hacer la cuenta final.

Espuela para demorar el viaje
(1993)

El guardador de rebaños

Dormido oye el ovejero el tibio silencio de su silbato. Rumiante la siesta del rebaño, un azul recién pintado como azoro de perdiz revienta su bostezo. Oye su silencio de agua entre las manos, rompe el sol de la piedad persiguiendo su sombra.

Dejémosle ir sin abecedario al mirador de una colina. Comisario sin estrella, su ladrido guarda el polvo de los confines, la numeración del trébol sostiene y continúa. Miope de soñar la lluvia, simulará un orden de tablero.

Corre para demostrar nuestro pensamiento. Dispersa al impostor y a la noche de un campo de maíz maduro. Nos previene el corazón con su nariz, señalando los augurios del temporal y de la aurora.

Dejémosle ir un domingo de primavera a remover la luz de una colmena. Turbado por un clarín de agujijones regresará siendo otro, atento a la música de una cocina al levantarse.

Un incesto en la familia Sánchez

La mañana con su vaho de toro te abre los ojos. Arde tu vientre como la floración de una charca asoleándose. Rama de nogal a palos, supurando lo múltiple de este grano de hielo te muerdes los labios.

Virgen de un manantial secándose, la sangre del diablo por tu corazón se demora y parte. Comidilla de criada o blanco de hisopo, la curvatura de tu embrión contiene los círculos de la golondrina como un hallazgo de alacena.

Tras el purgatorio del sietemesino, desearás un aguacero en el camino de tus muertos. Recuerda y ten a la mano el consejo de una brizna de menta.

Habla un muerto

En las rutas momentáneas de una gota de aceite abro los ojos. Empobrecido por la mañana, entre los perros de la canícula, reconozco la piedad. Aún cerca del polvo, mantengo el sol entre las costillas.

El ayuno de sal y agua me devuelve la imagen de un pavo real absorto por las luciérnagas de un hacha afilándose. Renegado de los manteles extendidos para un día de campo, apetezco la emoción de la mantequilla y el relámpago alumbrándome en un movimiento de comensal con hambre de dos días.

Otro habla por mí, lengua de una sola vocal aferrándome a sus ácidos. Con un crecimiento de uñas, las vísceras rotas, distingo la colina del cielo y la gravitación de sus pájaros.

Con una gota de semen en su salmodia, las hormigas parten de mí, hacia su noche de larvas.